



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLIII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 12500

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extra-
jero.—Tres meses 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.^o
y 16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración

Administración y Redacción, Mayor 24

MIÉRCOLES 8 DE JULIO DE 1903

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico, a en letra de
fácil cobro.—Correspondencia en 4 días, a Lorette, rue D'Amsterdam
61; y J. Jones, Faubourg Montmartre, 31.

¡AGUA!

Todo cuanto se relacione con el elemento cuyo nombre encabeza estas líneas, tiene hoy superior importancia. Pocas veces se ha hablado de ese asunto con tanto interés, ni ha habido motivo tan grande para que preocupe como preocupa hoy.

Y es que los más optimistas comprenden que de prolongarse la sequía, Cartagena se quedará sin agua, que es lo mismo que quedarse sin pan, pues si éste es necesario para la conservación de la vida, necesaria es aquella para el mismo fin.

A poco que se reflexione se comprende la causa del conflicto que se teme. Las lluvias escasas del pasado invierno no fueron suficientes a elevar los venenos al nivel que tenían el año anterior. Por eso la escasez es más grande que en Julio pasado y de ahí viene el temor de que la situación se agrave.

Si el invierno que viene es de grandes lluvias y la abundancia de éstas restablece en los manantiales el nivel que tenían hace dos años, no habrá temor alguno para el próximo estío; pero si no llueve o la lluvia es escasa y los manantiales no se elevan siquiera a donde estaban el año anterior, el verano próximo será más malo que el presente en la cuestión de aguas y no sería extraño que éstas llegasen a faltar.

Por si esa situación llegara, hay que decidirse a hacer algo urgente, hoy mejor que mañana, pues en estos casos es preciso pre-

venir el mal probable considerando real y obrando en consecuencia.

Los tiempos actuales son de una responsabilidad grandísima. Ya sabemos nosotros que no entra en lo posible llevar a cabo un plan definitivo de traida de aguas en el escaso tiempo en que puede presentarse el conflicto de no tener ninguna; pero en el tiempo que se prepara aquel y se remedia, podría entamarse la gestión a procurar porciones grandes o pequeñas del preciado líquido, en el bien entendido de que si esto no se hace y tampoco se realiza aquello, el conflicto vendrá y Cartagena no tendrá aguas que beber.

El señor Oliva, que se preocupa tanto de las subsistencias y también de la calidad de las aguas que bebemos, preguntaba el sábado al alcalde, si, como está acordado por el ayuntamiento, se añaden periódicamente.

¿Para qué?—pensábamos nosotros al oír la pregunta.—Si por el análisis quedara comprobado que las aguas de cualquiera de las compañías no es potable, se la iba a obligar a que suspendiera el servicio? ¿Con cuáles otras supliríamos las declaradas fuera del consumo? Con ninguna.

Desgraciadamente hemos llegado al caso de que tengamos que cerrar los ojos. ¿Mala el agua? ¿paga la sed? Pues no hay más que pedirle. Si contiene materias extrañas y sales no beneficiosas para la economía, nunca será tan grande el daño que produzca esa agua como el que se produciría restándole del consumo total.

¿Llegan a Cartagena aguas no potables por que las modifica la mano del hombre? Duro en el que

cometa tal delito. Nosotros no creemos que lo cometa nadie.

¿Tienen poca potabilidad por que en esas condiciones brotan de la tierra? Pues no hay más que beberlas sin analizarlas, por que después de todo, si han de ser fatalmente consumidas, mas vale beberlas sin saber su grado de bondad.

Algunas veces la ignorancia es buena.

En el presente caso.

TIJERETAZOS

En Madrid, un individuo, manco él, é irascible de suyo, empujó anteayer un cuchillo y la emprendió a puñaladas con la familia, dejando mal heridos a su mujer y dos hermanas.

Y pensar que ese hombre se llama Perfecto!

El ministro de Obras públicas ha tenido una idea salvadora.

La de proponer que los peones camineros no puedan desempeñar sus plazas a menos de veinte kilómetros de su pueblo natal ó del de sus esposas.

Obligar a un bracero a desterrarse voluntariamente para ganar un par de pesetas...

¿Qué dirán ahora los que decían que Valdivia no se trata nada? Con otro golpe como ese se hace digno de la posteridad.

El Nacional publica un artículo que lleva este epígrafe:

«Trabajadores y políticos.» Yo lo hubiera bautizado así: «Ratones y gatos.»

Por el lado de Córdoba aparecen tres nuevas estrellas del toro que actuarán en un acontecimiento taurino que se celebrará en la ciudad de los califas el día 25.

Como principal elemento figuran seis

novillos toros, que al visto de una manera no son toros, vistos de la otra tampoco son novillos.

Las estrellas son: «Buenavista», «Corchitos» y el «Monte».

¿Qué piensan? ¿Cómo abunda la carne de cerdo?

Dicen de Soria, que el regimiento que hizo armas contra los ferres, Alejandro y Praga, ha sido destinado a provincias.

Medida prudente. Sin duda el cuerpo, ray entiendo de refutaciones y trata de impedir que la indicada fuerza haga otros actos.

En Barcelona ha sido herido de dos puñaladas un trabajador que no quiso dejar de trabajar.

Libertad, libertad, cómo te pases!

Los que por él murieron no te conocen.

El asesino.

Se ha encontrado una moneda contra el mar y como cada día se viaja más, no sería malo probarla.

Déjase al doctor G. W. Barbier, que frecuenta el Oceanus.

Clorofoma puro y tintura de nuez vómica, en cantidades iguales, 100 gotas.

Tintura de capilejo, compuesta, 4 gramos.

Agua, 25 gramos.

Mézclase y agítase antes de usarlo, debiendo tomarse una cucharadita de la de café cada hora hasta que cese el malestar.

Además, lévase el suero muy agitado con un vendaje apropiado, si en caso de sentir violentos dolores, tómese algunas dosis de morfina.

En cuanto a la alimentación, podrá tomarse leche, té, carne, gelatina, en muy poca cantidad y a intervalos, siendo conveniente también chupar pedacitos de hielo.

Así preparados, embárgense ustedes sin temor.

Mr. Barbier, autor del remedio, está seguro de su eficacia, lo cual no es poca

ventaja, ya que la certeza casi no existe en el mundo.

Un indiano.—De dos pesetas a veinte millones.

En Orense se habla mucho estos días de la colosal fortuna que ha hecho en la República Argentina un hijo de aquella ciudad.

Se llama el archimillonario orensano don Ramón Santamarina, perteneciente a una familia noble por ambas ramas: su padre era un bizarro militar, procedente de la familia de «Santiago» y «Padrón», fué contador de Reales Rentas y ocupó escuadrilla puesto en el Regimiento de Guardias de Corps; su madre era de estirpe de los Valencas, persona de prosapia y abuelo en «Manforte de Lemos».

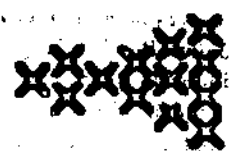
A pesar de esto el señor Santamarina renunció a todos los títulos de nobleza y a semejanza del hijo prodigo desapareció un día del país natió en doce años, sin recursos, «con dos pesetas por capital», que le proporcionó un alma compasiva, la mujer que le llevaba en ropa y a fuerza de trabajo, de actividad y de constancia, después de sesenta años de lucha continuada, ha logrado reunir más de veinte millones de pesetas.

Es poseedor de siete estancias, de 400.000 vacas y de 300.000 ovejas, sin contar la enorme suma de cabezas de ganado caballar esparcidas en cien leguas de terreno propio.

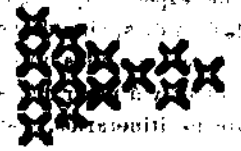
Cuando el señor Santamarina tenía una buena idea, dedicó a comprar campos incultos, que hoy están convertidos en amenos y productivos prados.

El estanciero orensano adjudicó a sus 13 hijos, mayores de edad, la suma que les correspondía en la división de su fortuna, tocándole a cada uno, después de hacer agotar la reserva correspondiente, más de un millón de pesetas.

Tienen además, los menores una acción cada uno de 500.000 pesetas, siendo de su capital, «comaguanosiales», la suma de sesenta mil pesos, quedando de esta suerte, los menores, asociados a sus actuales negocios, ganando cada acción un interés del 5 por 100 anual, además de los dividendos que por balance les corresponden.



Probad el Cognac de HENRI GARNIER y C.



62 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

CESARINA DIETRICH

63

66 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

—Y que hacéis a su dignidad y a vuestro reposo el sacrificio de alejarle de vuestro lado.

—No lo acepto: insistiré en veros aunque sea poco y con las condiciones que yo quisiera imponerle. Dirá que al estallido de frentes nuestra casa, es mi padre quien debe arrojarle de ella; y como ese paso me parece penoso é injusto, no me ocuro de él.

Imposible me fuese hacerla variar de opinión, y monedit Dietrich no se resignó tampoco a cerrar su puerta al marqués, moviéndose que podría ser abierta por otro nuevo capricho de Cesarina.

El marqués fué, pues, autorizado para ir a veros a París, y Cesarina miró esta concesión galeana como una cosa que le era debida, y por lo que ella, tanta que agradecer. Su amable expresión, sus bonitas palabras para conmovernos, que impedían a la de un preboste y robable. A su alacena, observación nuestra respondía: os amo; pero jamás desearé un día graciola.

Volvimos a París por la época acostumbrada, y entonces Cesarina, que ya había preparado sus baterías, dió un gran golpe, al que sirvió de pretexto el marqués de la Rivoliere. Quería obligar a su padre a que abriese de nuevo los salones y empezase un período de fiestas brillantes, excluyendo relaciones que se habían cortado desde la muerte de su madre.

Cesarina observó que si la condenaba a la intimidad de la familia, no se casaría nunca, puesto que la

aparición de cada pretendiente sería un acontecimiento en aquel pequeño círculo que tendría que apercibirse de todo, y admitir a otro después del marqués sería hacerla pasar por una coqueta: que por el contrario, en medio de un número de círculos podían acercarse varios y ella estudiarlos sin comprometer relaciones ni comprometerse con ninguno de ellos en particular.

Mr. Dietrich se rindió a la fuerza de tales argumentos, reconociendo que una persona tan segura de sí misma como lo era Cesarina, no podía encontrar en la sociedad peligrosa con que solo tropiezan las almas débiles. Como se ve, tenía argumentos más fuertes que los que había tenido su madre para buscar la libertad, y Mr. Dietrich, que no había cedido nunca a los deseos de su mujer, se rindió a la indicación de su hija.

Una gran fiesta inauguró el nuevo género de vida que iban a emprender.

Al día siguiente de aquel baile tan laboriosamente preparado y realizado con tal magnificencia, preguntó a Cesarina, pálida por el cansancio de la fiesta, si estaba satisfecha.

—¿Satisfecha? ¿De qué? ¿De haber recibido todo ese tumulto que me rodeaba en mi infancia? ¿Crees que la frivolidad de ese esplendor sea nuevo para mí? Me tomáis por una colegiala fascinada por su

misma ni oree estar rodeada conmigo, y no comprende que yo pueda estarlo con ella.

Parecióme dura la palabra para las relaciones puramente amistosas que entre los dos habían mediado, y se lo hice observar.

—Decís bien,—repuso,—es muy difícil hablar claramente de amor y de matrimonio a una joven que está tan bien vigilada por vos; pero cuando no se puede hablar de esas cosas, y Mr. Dietrich no se ha negado a leer mis cartas, se ha negado a contestarlas.

—¿De dónde le que me decís?

—La verdad es que, en que al menos dispuesta ya a darme a conocer que nadie mejor que vos puede ser portadora de esas cartas que me permitís que os las envíe con tanta?

—Claro está; obráis como hombre dedicado.

—No! No! No! como hombre que quiere entrar. Las cartas de Mr. Dietrich podrían ser leídas por una opositora pública, y si fuese y por eso no; por eso quizá no me las habré pedido, y hasta las habré olvidado, porque si en las mujeres escribir es una imprudencia, el modo de escribir es una garantía. En sí, verdaderamente superior, sabe apreciar sus sentimientos y decir lo que piensa sin otorgar la menor ventaja, ni permitir a sus víctimas la menor queja.

—Entonces, ¿por qué estáis enojado?

—Lo estoy conmigo mismo. Por un momento he po-